

## **CUCHARA, LÁPICES Y PEINADO: ELEMENTOS COTIDIANOS PARA UNA GUERRA EN ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ DE CÉSAR VALLEJO<sup>1</sup>**

Olga Muñoz Carrasco  
*Saint Louis University, Madrid Campus, España*

Una cuchara, un lápiz, el peinado: elementos cotidianos para una guerra, la guerra civil española, que inventó o descubrió a un nuevo Vallejo. Zambullirse en su correspondencia completa implica dejarse empapar, poco a poco, por una pesadumbre que gotea desde 1912 y que se interrumpe solo excepcionalmente y en cartas muy concretas; entre otras, la que refleja la ilusión inicial a su llegada a París (Cabel 57-59), la de agradecimiento a Mariátegui por su generosa y avanzada interpretación de sus textos (Cabel 210-212) o la misiva a Georgette tras un encuentro amoroso de especial intensidad (Cabel 230-233). En su escritura personal se trasluce una tentativa constante por sobrevivir en el mundo a pesar de los pesares, sean estos la ausencia o desaparición de los seres más queridos –la madre–, la falta de estabilidad económica o el hueco que evidencia el sinsentido de un esfuerzo que no se traduce finalmente en nada: “Mi vida va pasando así, y ella sigue esterilizándose más y más, para toda labor. Ni yo saco nada de ella, ni nadie. Mi vida no me sirve ni a mí, ni a nadie. Este remordimiento se hace cada día más tormentoso y obsesionante” (Carta a Pablo Abril de Vivero, París, 5 de julio de 1925; Cabel 117). Dos años después la precariedad persiste, y el paso del tiempo no desmiente una estrechez que se enquistaba hasta convertirse en forzosa identidad o destino:

Empiezo a reconocer en la suma miseria mi vía auténtica y única de existencia. Me parece que yerro, al buscar la seguridad económica o, al menos, el pan a su hora y el agua a su hora. Yo he nacido para pobre de solemnidad y cuanto haga yo en su contra será, como lo ha sido hasta ahora, estéril. Me parece que esto no es literatura, puesto que parto de la realidad y apunto a la realidad. (Carta a Pablo Abril de Vivero, París, 12 de septiembre de 1927; Cabel 253)

La progresiva esterilización de la vida se verifica en su evidente inutilidad para los otros, con el remordimiento consiguiente. Y ello no es susceptible de interpretación, ya que se parte de una realidad obstinada que despoja hasta de lo básico: el pan, el agua. Esta conjunción de vocación de entrega latente en Vallejo y de confrontación precisa con lo material explica cómo el estallido de la guerra tiene una onda expansiva trascendente que alcanza a todos los ámbitos de la vida del peruano, los unifica y los dota de un sentido que fecunda de manera imponente y súbita su producción poética. En una carta a Juan Luis Velázquez, en mayo de 1937, sostiene:

Los problemas que nos rodean se hacen cada vez más complejos y se encrespan. Menester es que cada cual de los hombres sepa lo que concretamente quiere y puede hacer para resolverlos. A mi modo de ver, todo el secreto del destino social del escritor sobre todo, está en eso: en saber a ciencia cierta lo que quiere y puede hacer. (Cabel 458)

En cierto sentido, el conflicto español supone la confirmación de estas cuestiones, tan presentes en el debate del momento y más en el contexto de la celebración en Valencia, Madrid y Barcelona del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura –conocido como el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas– en 1937. Nada supo con tanta certeza Vallejo, ni nunca antes

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado actualmente por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades e Innovación (PGC2018-098590-B-I00).

puso tanto empeño, y con limitaciones tan manifiestas, en proyecto alguno: “mi pequeñez en traje de grandeza”, sentencia en el “Himno a los voluntarios de la República” que abre *España, aparta de mí este cáliz* (Vallejo 281-286).

Ese “traje de grandeza” resulta una imagen colindante con lo abstracto –la grandeza o pequeñez– y lo concretísimo –el traje–. La contigüidad del aspecto material de la indumentaria y el alcance de su significación en términos simbólicos no se reduce al ámbito del poema. Enrique Foffani ha mostrado cómo Vallejo colaboró muy conscientemente en la elaboración de una imagen de su persona que lo sobreviviera y, sobre todo, que neutralizara la condición misérrima en que vivía gracias a una propuesta de dignidad y decoro ligada al atuendo. El bastón, el anillo o el lazo buscan revertir la precariedad con una apariencia sobria y severa:

La imagen de la fotografía ostenta una dimensión estética no solo por la elegancia del vestir, sino también por un cuidado de sí que se asocia a la dimensión ética, a un *ethos* que se vuelve, por su persistencia, un valor nominativo a la hora de emitir un juicio sobre la persona empírica Vallejo. Por tal motivo, la iconografía vallejana se vincula a la imagen textual del sujeto de la poesía de un modo singular: pone en entredicho la pobreza del peruano. (Foffani 300)

La mención de elementos propios de la indumentaria no es extraña en *España, aparta de mí este cáliz*, antes al contrario: el mencionado “traje de grandeza” se inserta en un inventario donde coinciden pañuelos tristes, zapatos y bastón, una suela feraz con su agujero, la chaqueta y su cuchara dentro, calcetines, un pantalón oscuro, las mangas con sus bordes, sandalias... Pero más allá del vestuario se detectan otros muchos elementos domésticos: juguete, cama, horno, mesa, sábanas, cajitas, cuaderno, trenza, vaso. En todos ellos parece condensarse la condición heroica y popular, comúnmente anónima, de quienes hacen la guerra. Más en concreto, el peinado, la cuchara o los lápices apuntan a las líneas que traza toda la trayectoria de Vallejo: materialidad, emoción e ideología que, en su último poemario, se convierten en verdaderas líneas de fuga.

En primer lugar, entonces, el peinado, que se menciona en el poema VIII de *España, aparta de mí este cáliz* (Vallejo 296-7). En estos versos esa materialidad antes aludida se tensa en la conjunción entre lo intangible y lo tangible: las cajitas, el pantalón oscuro y las cositas de Ramón Collar son objetos engarzados a su cruel capacidad, ausencia y soledad respectivamente. La añoranza también se resume en una sinécdoque absolutamente individualizadora: “los tuyos piensan mucho en tu peinado”. Al final, toda nostalgia por el combatiente se resuelve en una comunión doméstica casi involuntaria: los familiares han comido su carne sin saberlo y con ello el soldado consume una dimensión sagrada ya intuida al comienzo del poema: “hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre”. Aguilar Mora ha comentado que “Vallejo hace de la vida cotidiana concreta un umbral”: un umbral, podría añadirse, en el sentido en que el Diccionario de la RAE lo presenta: “paso primero y principal o entrada de cualquier cosa”. En el caso específico de este libro sobre la guerra, la materialidad definida del cuerpo del combatiente –su peinado, su pecho– visibiliza el ensamblaje de los ideales de la República y su avance utópico en el frente. De nuevo con Aguilar Mora, aparece esta intersección:

Vallejo percibió que la metamorfosis de la cotidianidad en un ejercicio absoluto de la libertad necesitaba de una sintaxis rigurosa que permitiera la apertura máxima de la potencialidad del lenguaje, pues solo así se podía confiar a un poema el cuidado de la cifra y el destino de una humanidad efímera. Y que precisamente entre más efímera se concibiera más trascendente sería. (Aguilar Mora 3)

En sus cositas permanece Ramón Collar, y lo hará siempre: incluso si cae luchando y no puede refrenarse, sus pertenencias seguirán viviendo, de la misma manera en que el libro retoña incesantemente en el “Pequeño responso a un héroe de la República” (Vallejo 297-298). Los objetos de Vallejo, es bien sabido, adquieren vida en su poesía, la absorben, lo que además los convierte en mortales. De ahí que una cuchara pueda perfectamente fallecer y dejar su cáscara en la chaqueta de un caído en una emboscada, como leemos en el poema III, dedicado a Pedro Rojas. La anécdota de estos versos, según ha sido recientemente publicado, responde a un hecho real: el hallazgo de un pobre campesino de Sasamón, “un hombre relativamente joven, fuerte, moreno, vestido pobremente, cuya cara estaba horriblemente desfigurada por los balazos” (Santonja 20-21) y al que le encontraron un

papel “rugoso y sucio”, donde “escrito a lápiz, torpemente”, se leía: “abisa a todos los compañeros y marchar pronto / nos dan de palos brutalmente y nos matan / como lo ben todo perdió no quieren sino la barbaridad” (Santonja 19).

El cuerpo abatido del hombre y su densa materialidad también deslumbra en este poema: sus células, su gran dedo, la sangre. Sin embargo, surge la segunda línea señalada arriba, esa emoción adherida a los objetos cotidianos que activa, a su vez, ciertas zonas de significación en la obra de Vallejo. Pues si bien el sujeto del poemario lanza pocos datos biográficos del autor, sí es cierto que algunos de los elementos ahora al servicio de la lucha antifascista arrastran el eco de obsesiones reiteradas en sus versos. La cuchara nos retrotrae al horno familiar, al alimento, al pan que se nos quema; en definitiva, a la madre, figura que en palabras de Cornejo Polar se convierte ella misma en “yema inacabable”, “la única dadora de alimento que es, a la vez [...] comida material y amor” (Cornejo Polar 111). La dimensión amorosa y tierna queda a la vista en los versos: Pedro Rojas es padre, marido, niñín un día, hoy cadáver sensible que llora besando su catafalco. El poeta Alejandro Romualdo incide en

[...] el trato familiar [...] con las cosas domésticas, con los utensilios cotidianos entre los cuales el poeta se movió con singular delicadeza en su cuarto universal, porque Vallejo hizo de la casa (que, nunca tuvo), del hogar (que perdió para siempre) la más amable habitación del mundo, la gran pieza estelar y cordial para toda la humanidad, en donde no faltó el mapa del sufrimiento: España. (Romualdo 36-37)

Una cuchara puede simbolizarlo todo para un soldado: utensilio rudimentario que salva de la inanición, portado casi como un objeto mágico, simboliza al tiempo la vida –la supervivencia en la guerra– y la precariedad –la limitación de las condiciones de esa vida en la guerra–; también la lealtad –“anduvo en su chaqueta / despierto o bien cuando dormía, siempre, / cuchara muerta viva”–. “Viban los compañeros al pie de esta cuchara siempre!”, concluye la quinta estrofa, con el reconocimiento de esa dimensión doméstica que ampara, de esos objetos ordinarios que permiten y perpetúan la vida alrededor. O lo que es lo mismo, en esa cuchara se encierra también el homenaje a los hombres del pueblo que, incluso desde su casi analfabetismo, desde su amorosa tosquedad están ejecutando un acto de relevancia cósmica: “España está ahora mismo repartiendo / la energía entre el reino animal, / las florecillas, los cometas y los hombres” (Vallejo 303). Existe una suerte de reivindicación del peso de lo cotidiano, como si esta poesía restituyera el valor fundacional de los objetos en el devenir de la historia, algo que parece vedado en exclusiva a la arqueología.

Para el último elemento, los lápices, habría que instalarse en la tercera de las vías, la ideológica, que tensa la cuerda entre la utopía y la realidad. Ya existía un lápiz invisible y aéreo en el poema anterior, creador de una escritura gigante como el cuerpo que le hallaron en el cuerpo a Pedro Rojas – “Solía escribir con su dedo grande en el aire”–. En el último poema seleccionado, “España, aparta de mí este cáliz”, los lápices se integran en una isotopía de la escuela que hilvana cuadernos, números, maestra, división y suma, diptongos, tinteros... Evidentemente los lápices simbolizarían la capacidad transformadora de la educación, el poder de la cultura, la esperanza en la posibilidad de una liberación íntima y colectiva del individuo. Una potente imagen resume el truncamiento de esta gran aspiración: los lápices sin punta emergen como objetos convertidos en amenaza –“si no veis a nadie, si os asustan / los lápices sin punta, si la madre / España cae...”–, transformados casi en artefactos de pesadilla para quienes acaban de perder la infancia –“¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!”–. En un doloroso resumen de la antigua liza entre las armas y las letras, el lápiz sin punta sería la espada mellada en que una pluma inútil se convierte, el desolado icono del fin de las políticas educativas y culturales de la República.

Vallejo se sirve del ámbito cotidiano para referirse a la privación en términos que sobrepasan lo meramente material. Desde el plano de lo doméstico sabemos de la ausencia por el oscuro pantalón de Ramón Coll; sabemos por la cuchara muerta del hambre o la soledad, pues no hay mesa a la que sentarse ni compañía para la ingesta, y sabemos del desmoronamiento de las esperanzas en la victoria republicana por esos lápices sin punta que van a amedrentar a los niños. Julio Ortega ha comentado cómo la guerra española provoca un fenómeno de ocupación popular del lenguaje público (Ortega 6).

Paralelamente, podría hablarse de una ocupación ideológica de lo cotidiano, según se ha visto en los poemas propuestos.

Los objetos ordinarios traducen fielmente la dimensión íntima en que el peruano encajó la guerra de España, y que se refleja tanto en su epistolario –“Y nada de esto nos satisface y queríamos volar al mismo frente de batalla. [...] Esto me aplasta”– (Cabel 448) como en sus versos: “[...] no sé verdaderamente / qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo, / lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo / a mi pecho que acabe, al bien, que venga, / y quiero desgraciarme” (Vallejo 281). Según Ricardo Silva-Santisteban, el proceso de creación de Vallejo respondía siempre al patrón de impacto-escritura-corrección. De ahí que, yendo de la consecuencia al origen, se constata que la fiebre creativa del final de su vida solo pudo ser desatada por un acontecimiento que lo sacudió de forma brutal, obsesiva. El resultado: un poemario que, más que ningún otro, reúne y vivifica los elementos que ya caracterizaban su producción y que ahora pasan a integrar una visión totalizadora del mundo.

*España, aparta de mí este cáliz* presenta confluencias sorprendentes: el marxismo convive con el cristianismo –véase el estudio sobre la hipérbole bíblica de Carmen Mora–, lo popular con lo culto, y elementos heredados de sus primeros libros adquieren aquí un nuevo sentido, como el alimento, el dolor o la orfandad. Todo aparece a la vez en la poesía de Vallejo, fenómeno que William Rowe ha condensado como “agregación de partes que no suman” (Rowe 2018). De ahí lo irreductible del objeto cotidiano en su poesía, la cosa ordinaria que remite a su parcela de mundo para saltar hacia otra parte. Materialidad y trascendencia que se alojan en la conjunción de lo privado y lo público, del presente y el pasado, de la realidad y la utopía. La escritura en *España, aparta de mí este cáliz* constituye una especie de oxímoron inmanente, un espacio donde planos aparentemente opuestos originan un sentido integrador que nace adherido a su forma y que en ella descubre su necesidad. Una simultaneidad que en otros autores podría antojarse contradictoria o incoherente, pero que en Vallejo llega para alumbrar la única posibilidad de salvación: “¡Unos mismos zapatos irán bien al que asciende / sin vías a su cuerpo / y al que baja hasta la forma de su alma!” (Vallejo 284).

## Bibliografía

AGUILAR MORA, Jorge (2011): “París, octubre, vida en *Poemas humanos* de César Vallejo”, en *Hispanamérica*, n.º 120, pp. 3-15.

CABEL, Jesús (ed.) (2002): *Correspondencia completa*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

CORNEJO POLAR, Jorge (2008): “El símbolo del alimento en la poesía de César Vallejo”, en Santiago Aguilar y Luis Alva Castro (*et al.*), *Dolor, cuerpo y esperanza en Vallejo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 101-114.

FOFFANI, Enrique (2018): “Figura del poeta en la iconografía vallejjiana: pobreza y dandismo”, en *Archivo Vallejo. Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejianos*. Vol. 1, n.º1, pp. 293-309.

MORA, Carmen de (2016): “La hipérbole bíblica en César Vallejo”, en *Revista de Crítica Latinoamericana*, n.º 84, pp. 157-177.

ORTEGA, Julio: “César Vallejo y la guerra civil española”. Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar. URL: <<http://www.jcortazar.udg.mx/sites/default/files/JULIO%20ORTEGA.pdf>> (20-07-2019).

ROMUALDO, Alejandro (2008): “El humanismo de César Vallejo”, en Santiago Aguilar y Luis Alva Castro (*et al.*), *Dolor, cuerpo y esperanza en Vallejo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 23-37.

ROWE, William (2018): *César Vallejo, 80 años después*. Acto celebrado en Casa de América, Madrid. 23 de abril.

SANTONJA, Gonzalo (2018): “Donde se revela el nombre en muerte de Pedro Rojas”, en *Archivo Vallejo. Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos*. Vol. 1, n.º1, pp. 17-22.

SILVA-SANTISTEBAN, Ricardo (2008): “El dolor ante el sentimiento del tiempo en ‘Trilce, II’”, en Santiago Aguilar y Luis Alva Castro (*et al.*), *Dolor, cuerpo y esperanza en Vallejo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 59-68.

VALLEJO, César (1995): *Obra poética completa*. Madrid: Alianza Editorial.

*Diccionario de la Lengua Española*. Edición del Tricentenario. Real Academia Española. URL: <<https://dle.rae.es/?id=b3b8sle>> (16-06-2019).